

Un personaje trágico - Por Juan Chaneton

lunes, 17 de junio de 2019

El doctor Miguel Ángel Pichetto, vecino de la bonaerense localidad de Banfield e hijo adoptivo de la provincia de Río Negro, adquiere, a partir de ahora, una centralidad en el gobierno argentino inversamente proporcional a la aptitud del presidente y sus extraviados asesores para desenvolverse en la coyuntura política de aquí a octubre y, eventualmente, más allá. Pero nada es gratis, y mucho menos en los acontecimientos vinculados al poder.

El senador Pichetto es un dirigente argentino de esta etapa en que la política burguesa que fundó la Patria da signos de fatiga y que, no obstante ello, procura ser un hombre de las luces, un racionalista europeo de la Ilustración, un volteriano que concibe la política como el ámbito más noble de la actividad humana, un escéptico, un cínico, un agnóstico, todo a una, que hace del laicismo y del anticlericalismo una convicción ideológica y que sustituye la falta de fe religiosa por una ética del publicismo anclada remotamente en Julio Argentino Roca y en Bartolomé Mitre y que, por abreviar en tales hontanares, es partidario del aborto, promueve la tajante división entre la iglesia y el Estado, profesa la sarmientina admiración por los Estados Unidos y aboga, desde hace mucho y como legislador, por la diversidad cultural -la sexual en primer lugar- y la tolerancia hacia las minorías, salvo que se trate de indios aymaras, quechuas, tobas, maticos o mapuches, o de emigrantes bolivianos o peruanos, a los que asimila, en un efluvio babeante de desprecio, con la resaca del mundo, con la escoria social, con los resentidos de la vida, con los desviados y perversos, inferiores por sus genes y, por ello, proclives al vicio y al delito, viva así, en Miguel Pichetto, la imagen tremebunda del José Ingenieros joven. Un hombre así, claro está, no es creíble cuando enuncia sus valores, su programa y sus propuestas, pues aun cuando no revelara o tuviera éxito en ocultar su costado racista y xenófobo, igual habría en él algo que no cierra, una nota disonante, una pieza floja en la estructura, algo increíble indefinido, un impostado acto de presencia. Y la clave para entender por qué el hombre no luce genuino y sí un poco fraudulento cuando se proclama hijo del siglo de las luces estriba, eso me parece, en que, para convencer al auditorio de que se está frente a un iluminista, hay que tener el espesor de un Julio María Sanguinetti o de un Fernando Henrique Cardoso, hombres de consulta -aun hoy- para estadistas y académicos, y Miguel Pichetto, francamente y sin ofender a nadie, no se parece a ellos, ni un poquito, sino, más bien, a Mauricio Macri. Pero también deviene una especie de personaje trágico, un poco al modo de aquel Gorbachov que abominó de lo que antes profesaba sólo para naufragar en el mar embravecido de las reformas pro mercado que tampoco supo realizar. Y así, culmina su saga por la política -que, en el caso de Pichetto, es como decir por la vida misma- absolutamente solo, con nuevos amigos virtuales para los que siempre será un otro, un ajeno, un "peronista", y habiendo perdido como amigos a unos peronistas genuinos que le venían perdonando todo, o casi todo, pero que ahora le reprocharán, también por siempre, haberse inclinado hacia el perfil del proyecto individual por el atajo innoble de la traición.